

EL MOTÍN



Año XXXIV.-Madrid, Jueves, 3 Septiembre 1914.-Número 36.

SUCURSAL:
RIVADAVIA, 698
BUENOS AIRES

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

A un amigo ausente

Querido Estévez. Te despediste un poco á la francesa, sin contestar á lo que te dije en mi reciente artículo *Entre vejestorios*, mas no te culpo por ello: los amigos no deben ser etiqueteros.

Por otra parte, yo alabo tu decisión de marcharte á la sordina, y quisiera poder arreglármelas para desaparecer como tú, sin que se enterase nadie hasta que estuviera ya colocado mi *fianbre* en el *estuche*. No hay derecho á molestar á los que nos quieren, teniéndolos pendientes unos días del curso de nuestra enfermedad. Las dos ó tres veces que he estado á punto de liármelas, ni dios lo ha sabido hasta que he cantado el quiquiriqui del triunfo.

Al escribir estos renglones ignoro si archivaron tu cadáver en un nicho, ó si lo enterraron en el santo suelo, ó si lo redujeron á cenizas en el horno de cremación, como deseabas. Dímelo cuando tengas un rato de lugar.

Y no te lo pregunto por imitarte, pues he dicho varias veces que me tiene sin cuidado lo que puedan hacer con mis piltrafas, sino para poder comunicárselo á los amigos: «Por fin se salió con la suya de verse quemado en muerte. Toda aspiración honrada es posible en este planeta, menos la de ver unidos á los republicanos españoles.»

No sé si llegará á tu poder esta carta. Creo que sí. Hace tiempo me enteré de que otra dirigida á un individuo que daba la vuelta al mundo, recibíola á los dos años de expe-

dida: había ido tras él, como lo atestiguaban los sellos puestos en el sobre. ¿Y había de estar el servicio de Correos peor montado por esas alturas que en este planeta de baja extracción? Pondré, por lo tanto, el sobre de este modo:

A Nicolás Estévez.

En cualquiera de las estaciones que conducen á

EL INFIERNO

Quizás fuera mejor enterarme de si algún obispo estaba enfermo, para ir á verle y rogarle que te la entregara en propia mano donde quiera que te encontrase; mas no lo hago, por no ponerte en el compromiso de que, por agradecimiento, tengas luego que soportar su trato durante una eternidad.

Además, ignoro si hay una ó varias rutas para dirigirse á cada uno de los continentes de ultratumba: Cielo, Purgatorio, Infierno y Limbo. Me inclino á suponer que todas las almas toman el mismo camino al salir de este planeta, camino que se bifurcará á los tantos millares de millones de trillones de leguas, tomando allí cada una el sendero que conduzca al lugar que lleve apuntado en el pasaporte.

Si fuere así, de fijo que has tropezado ya con el Papa blanco y el Papa negro, que partieron de aquí pocas horas antes ó después que tú, y charlado con ellos en el tren de viajeros, ó al bajaros á tomar un pisco-labis en una estación cualquiera. Si al llegar al Infierno, y una vez tomado el primer baño de aceite hirviendo para restablecer el equilibrio nervioso, algún tanto alterado por las molestias del viaje, te encuentras de buen humor, cuéntame lo que hablaste con ellos y dime si siguieron contigo, ó qué sendero tomaron. Estoy haciendo un estudio comparativo entre la justicia humana y la divina, y quisiera tener pronto ese dato para no incurrir en algún error involuntario.

El que no te culpe por haberte marchado sin decir «ahí queda eso», no quita para que me haya contrariado un poco. De avisarme á tiempo, te hubiera encargado poner en manos de S. M. Infernal un mensaje de adhesión y fidelidad, que no le he enviado antes por no haber salido hasta ahora persona de toda mi confianza para su Reino. Comunicase-

lo así cuando lo veas, encarécete el celo incansable con que secundo sus planes, y persuádele de que, si no hago más, es porque no puedo humanamente.

Añádele que si me hago por aquí el remolón, es por ver si le envío algunos emigrantes más, no por el gusto de prolongar mi estancia en este planeta indecente, encharcado en estos momentos con la sangre que derraman los que en Europa, Asia y Africa se jactan de seguir, con más ó menos ortodoxia, las santas, humanitarias y justicieras doctrinas de Cristo.

Y dicho esto hablemos de la Tierra.

No puedes figurarte, querido Estévez, lo que ha aumentado la barbarie civilizada en los pocos días transcurridos desde tu marcha. Todos los valores que se venían cotizando en las Bolsas del Convencionalismo, no se cotizan ya. Todas las palabras que regulaban los actos de la vida humana desde la revolución francesa acá, han perdido su significación por completo.

Los tres grandes principios políticos de la Revolución, se interpretan hoy de este modo:

El de *Libertad*, no dejando moverse á nadie.

El de *Igualdad*, sujetando á todos al hambre y la desesperación.

Y el de *Fraternidad*, exterminando al prójimo que se pone á tiro.

Los cacareados sacrosantos principios de la escuela doctrinaria, se aplican en esta forma:

El *Orden*, perturbándolo en todas partes.

La *Religión*, santificando la matanza universal.

La *Propiedad*, despojando á quien tiene algo.

La *Familia*, separando sus individuos y deshaciéndola.

Las demás palabras que se tenían por nobles, elevadas y civilizadoras, sufren también actualmente estos contratiempos:

La de *Patria*, sirve de pretexto para justificar asesinatos colectivos.

La de *Derecho*, para violar Tratados.

La de *Civilización*, para perpetrar barbaries.

La de *Ciencia*, para fabricar explosivos.

La de *Altruismo*, para pensar cada cual en sí propio.

La de *Humanidad*, para preparar festines á los lobos y á los buitres.

Permítame, pues, querido Estévan, que me traslade otra vez mentalmente al Infierno, para figurarme las escenas que estarás presenciando, por culpa también de los que lanzan unos contra otros á los hombres en la Tierra, invocando cada uno el nombre del Señor del Cielo.

¡El trastorno y la confusión que habrá á estas horas por allí!

Deben oírse continuamente cosas parecidas á estas:

—¿Ha sido nombrada ya la comisión de altos dignatarios para ir á dar las gracias á los causantes de la guerra que ha aumentado tan prodigiosamente el censo de población de estos Reinos? Pues que salga á escape para Europa en aeroplano.

—A ver; que construyan inmediatamente unos millares de calderas más, pues las existentes no bastan para que tomen un baño de aceite confortativo en el momento mismo de su llegada, los millares de millares de condenados que vienen de Europa.

—Que los talleres de cerrajería trabajen día y noche en la construcción de camas. Y que los alfileres de los colchones sean más largos y puntiagudos que los últimamente fabricados.

—Que se decomise todo el aceite que haya en el Reino, para que puedan llenarse bien las calderas.

—Y de carbón ¿cómo andamos? Pedid cien millones de toneladas á las minas más próximas.

—Que se mantengan constantemente las tenazas al rojo blanco para aplicarlas sin demora á los nuevos huéspedes.

—¿Hay bastantes embudos para introducir el plomo derritado en el estómago de los que llegarán aquí muertos de hambre y sed? Si no, que construyan doscientos ó trescientos mil para mañana.

—Que preparen el departamento de aglomeración, para meter en él á los que no puedan ser atormentados inmediatamente por falta de personal. Como no contábamos con una entrada tan grande, no hemos tenido tiempo de prepararnos.

—¡A trabajar sin descanso! ¡Duplicaos, multiplicaos!.. Va en ello el honor del Reino, que es el de todos y el de cada uno. Nuestro Gracioso Soberano espera que cada cual cumpla con su deber. El que falte á él en lo más mínimo, será fusilado....

Aunque fuiste siempre hombre que de nada se admiró, amigo Estévan, es posible que al leer lo que antecede, te preguntes:

—¿Si se habrá vuelto Nakens loco,

desmintiendo á los que aseguran que ningún tonto corre ese peligro? ¿Entretenerse en describir lo que supone que ocurre en el Infierno, teniendo tanto y tanto de que preocuparse con lo que pasa en la Tierra?

Voy á anticiparme á responderte, por si te has hecho esa pregunta:

—Sí, es extraño, mas tiene su explicación. Habiendo prohibido el Gobierno español que la prensa juzgue los actos de los principales culpables de esta guerra injustificada cual ninguna, he querido trasladarme al Infierno, por ver si me distraigo unos minutos relatando los tormentos supuestos en aquel lugar imaginario, para ahuyentar incidentalmente las sombras que invaden mi espíritu al pensar en los horrores efectivos que está presenciando la Tierra; sombras entre las que diviso un foco de luz que, triunfe quien triunfe en esta colosal contienda, se irá extendiendo por los horizontes de la esperanza con resplandores de aurora.

La sangre verídica por la iniquidad nunca fué infecunda, y la que ahora se derrama anticipará las soluciones que la Humanidad espera para redimirse. Si los que caen hoy en los campos de batalla impulsados por el odio, pudieran leer durante un segundo siquiera en el libro del porvenir, se abrazarían en el estertor con sus enemigos, y morirían todos orgullosos de haber anticipado con su sacrificio aquellas soluciones.

¡Sí, sí! Yo veo surgir de esta catástrofe inmensa un mundo nuevo, en el que las ideas de equidad y justicia, entrevistas por los pensadores y sentidas por las multitudes, se irán desarrollando sin que nadie pueda oponerse á su aplicación, porque la fuerza se habrá á su vez convertido de exterminadora en creadora; y sin que la religión las maldiga ni las mixtifiquen, porque el golpe rudo que hoy lleve, la irá lentamente desarraigando en la conciencia de los hombres del mañana.

Y esta necesaria transformación comenzará á verificarse, puesto que está hace tiempo iniciada, en el momento mismo de acabar la guerra; si no es ya que algún acontecimiento imprevisto viene á anticipar ese momento. Y entonces los heraldos de la destrucción verán que han precipitado las soluciones que tanto temen.

Victor Hugo dijo, refiriéndose á la postrer batalla de Napoleón:

«Waterloo no fué una batalla; fué el cambio de frente del Universo.»

De esta guerra se dirá algún día:

«No fué un choque de naciones; fué la bancarrota total de las ideas falsas que gobernaban el mundo.»

Es casi por lo único que siento, querido Estévan, que no hayas de-

morado tu último viaje cuatro ó cinco años; hubieras gozado infinito viendo desvanecerse tantas mentiras consagradas. Pero, en fin, si yo sigo por estos andurriales, ya te tendré al corriente de lo que ocurra.

Hasta ahora se dijo: «bueno es tener amigos aunque sea en el Infierno». Yo haré cuanto esté de mi parte para que tú puedas demostrarle á tus compañeros de eternidad, que no es malo tampoco tenerlos en la Tierra.

Tuyo en Satanás

JOSÉ NAKENS

Cada cual habla de la feria...

A "FRAY GERUNDIO"

Dispénsame usted por no haber insertado en este número el artículo que me envió, y en el que me llama *romántico* por haber acudido á mis correligionarios en demanda de que me ayudasen á salir del atranco en que estoy, comprándome libros á mitad de precio. He dejado de publicarlo, porque no pareciera que trataba con él de picar el amor propio de nadie. Lo guardo, sin embargo, para insertarlo en Octubre. Si salgo del paso, para decirle á usted: «El equivocado no fui yo.» Y si no salgo, para demostrar que usted no es mal profeta. Excuso añadir que me agradaría ser yo el que acertase. Y estoy seguro de que también usted se alegraría. Por mí. Y por todos.

Esto no obsta para que yo reconozca que tiene usted razón al decirme que en España se lee poco, sobre todo libros anticlericales: lo sé por experiencia. Si se leyese, la hubiera yo solo inundado de libros. Calcule usted, por los que he hecho respondiendo medianamente el público, los que habría enjaretado si responde bien. Ni todos los clericales juntos, aun contando con tantos recursos, me habrían superado. Pero, amigo, las cosas son como son. Trabajemos por transformar aquellas que no sean como deben ser, y hasta tanto suframos las consecuencias.

Mas aun reconociendo que tiene usted razón en esto, yo no tengo derecho á quejarme de los nuestros en este punto, sino á todo lo contrario.

Cuando para pagar las multas que se me impusieron acudí á ellos, tomaron libros á mitad de precio por valor de 4.500 pesetas. Y sin ofrecerles, como ahora, *catorce tomos nuevos*. Así pude abonar las *tres mil* que próximamente importaron las multas, el depósito de apelación, las costas, los honorarios del abogado y procurador de los clericales, y los de los míos, y enviar el sobrante, *mil quinientas*, á Rafael Salillas y Pablo Iglesias, para que las repartieran en-

tre los presos políticos republicanos y socialistas. Quizás en este buen resultado de ayer haya yo basado, sin darme cuenta, mi resolución de hoy. El éxito engendra osadías.

¿Que esta vez no responden, por poco aficionados á leer, como usted asegura, ó por cualquiera otra causa? Pues me diré, entre filosófico y romántico:

«Este fracaso me impone un deber: el de centuplicar mi gratitud hacia los que compraron libros cuando lo de las multas, puesto que no lo hicieron por leer, sino por afecto á mí.»

Y continuaré mi camino al paso que pueda.

A mis compañeros

Varios periódicos de provincias, sin que yo se lo indique, han recomendado á sus lectores que compren libros de EL MOTIN en las condiciones anunciadas. A cada uno le he enviado un ejemplar de los libros nuevos.

Como es posible que haya dejado de leer alguno, que me avise y se los enviaré también.

Y gracias á todos.

CRONICA DE LA GUERRA

Desde la cumbre

Los muertos resucitados por la guerra

Los frailes de Jerusalén, se han embarcado para ir á la guerra.

(Telegramas del 28 de Agosto de 1914.

Es el hecho. Sobre todo, los franceses, frailes de todas clases y colores, han dejado el convento y han corrido á alistarse á sus regimientos.

Quien creyera que esto es un milagro del sentimiento patriótico, erraría.

En todas las guerras, religiosas ó políticas, internacionales ó civiles, se ha producido el mismo fenómeno. Frailes y seminaristas han corrido á sentar plaza de voluntarios. ¿Con qué objeto?

Todos ellos lo saben, aunque ninguno lo diga, y aunque digan lo contrario.

No van á morir en la guerra: van á ver si resucitan. No luchan por la independencia ajena, sino por la propia. No van á libertar á los demás, sino á libertarse ellos.

No van... huyen.

Huyen de la Iglesia, de su esclavitud y de su cautiverio.

La guerra es el Angel libertador que les abre las puertas del encierro.

Van á la guerra muertos, y corren á buscar la vida.

¡Qué placer, el placer inefable del cautivo ese, que lleva años y años lamentando su condición de fraile, y de repente se encuentra invitado á hacerse hombre y á ser hombre!...

En la guerra civil carlista, quedaron desiertos los seminarios. No se despoblaron los conventos por la sencilla razón de que no había conventos. En la guerra de la Independencia sucedió lo propio. Y en todas las guerras. Y más que en ninguna, en las guerras del siglo XVI. Y más que en ninguna de dicho siglo en las de Comunidades de Castilla.

El heroico obispo Acuña, se echó al campo con una sección escogida de 300 clérigos y frailes. ¡Las hazañas que realizaron! ¡Los bravos que salieron de aquella falange!...

Si los revolucionarios españoles conocieran esta psicología eclesiástica, en los conventos y seminarios erigieran sus centros de recluta para la futura revolución... del siglo futuro.

Allí es donde la palabra guerra suena como melodía-*preludio* de la paz. Allí es donde la idea de la guerra se pasea vestida con manto de redención.

Allí es donde cada mañana al despertar, el cautivo abre impaciente la ventana para enterarse de si se levantó ya la revolución; y cada noche se tiende fatigado en el lecho diciendo:

—¡Todavía no!... Quizás mañana...

Hasta que se cansa de esperar, y estalla en maldiciones contra los revolucionarios de paga.

Van á la guerra los frailes, sí.

Van, huyendo de la Iglesia.

Van á la guerra. En ella encuentran tal vez el hada de sus amores: ella tal vez devuelva la vida á su corazón; ella tal vez les libre del sambenito de fraile y les reintegre á la figura y traje de hombres.

Van á la guerra ellos.

Como irían las monjas.

Irían, entusiastas y alborozadas, con la ilusión de morir abrazadas al soldado, y de confundir y mezclar, en un mismo depósito, la sangre aquella de mujer que hizo arder sus órganos en el apetito de la sangre del hombre.

¿Cómo no apetecer con ardiente frenesí la guerra, que puede librarles del cautiverio eclesiástico, los que están condenados á perpetuidad á mirar la muerte como única libertadora suya! ¿Cómo no apetecer la guerra que puede dar libertad al espíritu y al cuerpo, los que están apeteciendo la muerte del cuerpo para poder gozar la libertad del espíritu...

Van á la guerra. No van á morir, sino que van á saborear la vida los que ya estaban muertos.

César Augusto Pontífice Máximo

«Puesto que Francisco José ha declarado la guerra, la guerra es justa.»

(Pío Papa X en visperas de morir.—(Telegrama de la Prensa).

Así discurrió el buen hombre aquel. Así quería el emperador que discurriesen los Papas.

Para eso puso el veto á Rampolla y salió Sarto.

Si faltando á la decencia eructa acaso el Señor, le dice el adulador:

«Que Dios ayude á vuecencia».

Si de la guerra resulta que Francisco José es batido, y él destronado, y confiscada su hacienda y la de su familia, y son sus deudos sometidos á trabajar en las minas, y son tratados de la guisa y forma que él trató á sus vasallos... ¡la guerra es justa! Lo ha dicho el Emperador y lo ha firmado en barbecho el Papa.

Si se produce la revolución europea y hace en la familia dinástica y en sus palacios y fincas el «raid» de castigo que el Emperador ordena hacer en Serbia, sin más objeto que el de escarmentar y dañar á los serbios á quienes no puede vencer... ¡la guerra es justa!

Si los aliados triunfan y cogen en rehenes á los Emperadores y á sus familias, y los encierran y hacen con ellos lo que las gentes del kaiser han hecho con las autoridades de Lieja y Bruselas, prometiendo cortarles la cabeza si sus partidarios no se entregan á discreción ¡la guerra es justa!

Si la revolución triunfara y cogiese al Cónclave en pleno, é impusiera á quienes lo componen una contribución de guerra equivalente á las rentas y capitales de todos los monseñores, y ocupasen el Dinero de San Pedro y de los demás santos, administrados por los que no lo son... ¡la guerra es justa!

Si la revolución moviese algunos dirigibles por esos mundos, y arrojasen, á imitación de los alemanes en Bélgica, unas cuantas bombas explosivas é incendiarias sobre el Vaticano y sus siete basílicas y sobre Lourdes, Loreto, Covadonga, El Pilar; sobre conventos, catedrales y monasterios... ¡la guerra es justa!

Porque esto es la guerra: una aventura en la que se arriesga el todo por el todo, y en cuyo campo á las veces las cañas se vuelven lanzas, y donde las dan las toman, y más de una vez ocurrió que quien fué por lana salió trasquilado.

Y es justo.

Porque esto es la guerra. El desenfreno de toda pasión furiosa, la sublimación de toda irreverencia, la huelga del Derecho, el reinado de la profanación. Esto es la guerra: el hombre desnudo, pesado en bruto,

á peso de puños para aplastar y de piernas para saltar. En este rase-ro el papa suele valer menos que un pistolo; y el sabio es pateado por el gana-pan: y el consagrado tira del carro del blasfemo ó es arrastrado á la cola de su caballo:

Esto es la guerra. Que hace ludibrio de la soldadesca borracha á la recatada princesa; meretriz de ocasión á la estigmatizada abadesa; capa de toreo la casulla; alfombra de cuartel el palio; bolos de entretenimientos los cráneos de santos; jaeces de caballos las mitras y coronas; pienso del ganado las hostias del altar; maderas de barricada las imágenes y retablos. Todo es justo.

Más justo es todo esto, que el sacrificio de un inocente. Más justo es esto, que el destrozo causado en la pacífica granja, morada de santos vivientes, por la granada enviada por el emperador. Más justas son la profanaciones de las cosas, que la profanación de las personas. Y pues la guerra es el delito y el crimen, y su justificación... ¡sometámonos!

Es justa la guerra porque lo declara el Papa; y éste dice ser justa por declararla el emperador católico; y éste dice ser justa por ser voluntad de Dios. Dios quiere eso; el emperador lo hace, y el Papa lo bendice.

Es justa... porque creen que les conviene á ellos. Si otros creen convenirles otro día ó en otra forma... ¡la guerra es la guerra! Y la guerra es además caprichosa. Hija del capricho, es capricho toda ella.

Las inocentes culpables

Malo es el escándalo; pero conviene que venga el escándalo.

Mala es la guerra; pero es necesaria la guerra.

Porque este es el circo de la vida: el Bien engendra el mal, como el mal engendra el Bien. Caen unos para que se levanten otros. Cuando cae el más alto, se levanta el más bajo. Como cuando se corrompe el más santo, resulta el más perverso.

La guerra está siendo un ciclón devastador. Va á devastar muchas cosas. No todas las que serán devastadas tenían razón de subsistir. Muchas de ellas ocupaban el lugar donde debían germinar las contrarias. La guerra hará surco. El surco es necesario para roturar la selva y exterminar la maleza.

En el surco del terrible arado caen con la zarza, la ortiga y la cizaña, la linda violeta y la aromática fresa. Cae el nido del ruiseñor y queda destruido el de la sierpe. Sucumben el gusano de luz y el alacrán. ¡Cuánta injusticia!... ¡cuánta inocencia sacrificada para exterminar el mal!

Es el decreto del destino. El que se acompaña del malvado corre su

suerte. El que convive con el criminal se hace su cómplice. La granada que destroza al tirano, mata también á su cautivo.

Así la guerra.

La guerra es justa, aunque sea criminal. La victoria es siempre santa, aunque sea infame. Porque es el triunfo del mal que la pereza del bien dejó germinar. Es el estallido del malvado poderoso á quien los inocentes no quisieron ahogar.

La guerra europea...

Hace cuarenta años se hablaba de ella. Cuarenta años ha estado amenazando y rugiendo. Y las víctimas que está causando y que se agitan en la desesperación, estaban á lo suyo... á cantar coplas... á comer y beber y dormir. Y aún á los Noés que salían á hablarles del inminente Diluvio, respondíanles altivos y desdeñosos, si ya no les llamaban locos, alborotadores y sediciosos...

¡Cómo no!... Ellos habrían hecho imposible aquella paz... aquella paz selvática, á cuya sombra los de arriba fraguaban esta sedición y alboroto, resumen de todos los augurios de los profetas locos.

Porque esta guerra, es, además de otras cosas, la guerra de la guerra de la Paz.

Se dicen inocentes...

¿Dónde están los inocentes? Hay algún inocente?

El mal fraguaba la guerra. Los inocentes le dejaban en paz, le secundaban, le servían, y aun en nombre de la paz pedían que se fusilase á los que impedían el avance de la guerra.

Inocentes... ¿Los hay?

No; no los hay. Liebknecht y Rosa Luxemburg—dicen—han sido fusilados por los ministros del Kaiser, á causa de sus campañas pacifistas. ¿Inocentes? No: fracasados, por culpa de los inocentes que ahora caen.

A él—dicen—iban á buscarle para que se incorporara á filas.

¿A filas?... Cincuenta mil muertos han tenido los alemanes hasta el día en que se publicó la noticia del fusilamiento del fogoso diputado. Ha muerto él, pacifista, en la trinchera de la Paz. Cincuenta mil de sus compatriotas han muerto en montón en las trincheras de la guerra, heridos por las balas pacifistas de los belgas.

Ha muerto fusilado, como todo un apostol. No ha muerto destrozado como un salteador. Con el cambio ha ganado.

Ha ganado que su nombre y su figura se destaquen gloriosos sobre ese montón anónimo de muertos, que vieron sus agolías veladas por la noche y el horror.

La disciplina le ofrecía esta muerte: la conciencia le impuso la otra. Su nombre ha publicado en la orden del día de la Humanidad y ésta ha dicho:—Ha muerto un hombre

que se llamó Liebknecht... En aquel día en que tantos millares de alemanes murieron, sólo un hombre murió. Murió como hombre, y por ser hombre. Los otros... murieron como alemanes, por ser alemanes... No tienen nombre personal...

Rosa Luxemburg ha sido fusilada, según dicen.

A muchos millares de mujeres ha matado la guerra.

Muchas fueron violadas antes por la soldadesca.

Muchas vieron destrozados á su presencia los hijos.

Murieron sin saber por qué, ni para qué. Antes de morir habrían gritado: ¡viva el kaiser!, y habrían aplaudido el fusilamiento de Rosa. Si Rosa les pidió albergue algún día, se lo negaron, por no comprometerse. Si el kaiser se dignó visitarlas, ofrecieronle perfumes, flores, cuerpo y alma. Rosa les brindaba la colaboración en la paz: ¡Qué horror!—dijeron.

Ahora las ha visitado el kaiser.

Las ha visitado en forma de soldadesca ebria, desenfrenada y sanguinaria.

Ya salieron del compromiso.

No fueron fusiladas como mujeres; fueron pisoteadas como bichos. De ellas dirán las comadres del harrio:

—¡Una de tantas!

De Rosa dirá la Historia:

—Se llamó Rosa Luxemburg y fué una mujer.

¿Inocentes...! ¿dónde están? Yo veo á un lado sólo cobardes, imbéciles; cobardes que se dejan matar como borregos, pero incapaces de saber morir como personas.

Imbéciles que se tejen ellos mismos la soga que ha de ahorcarles...

Y al otro lado... los conscientes: los que mueren por no matar, en manos de los que matan por no morir. Con la muerte han comprado la inocencia de la vida.

La guerra es justa.

La guerra enseña que el bueno será víctima del malvado, mientras el malvado conviva con el bueno.

Enseña que el hombre volverá á ser bestia, si no decide domar la fiera humana.

La guerra... Esto está enseñando:

La ignorancia crea la disciplina. La disciplina crea la guerra. La guerra... ahí está su obra de arte. Justa y perfecta.

S. PEY ORDEIX

Si todo lo que ocurre actualmente en Europa lo permite Dios para castigarnos por nuestros pecados, según los clericales, ¿quieren decirme en qué sentido debe tomarse en adelante aquello de que Cristo vino á redimirnos?

Por que si resulta que pecamos tan desmesuradamente, que Dios se

ve obligado á permitir la hecatombe mayor que vió la tierra, cabe sospechar si somos ahora muchísimo peores que antes de haber venido Cristo á sacrificarse por nosotros. Y en este caso, saquen los clericales la consecuencia.

ESTÉVANEZ EN HUMO

París, sábado, 22 agosto, 6 tarde.

El último deber... Lleguemos hasta el fin. D. Nicolás Estévez se hubiera indignado de tantos preparativos, de tantas angustias. ¿Para qué? hubiera dicho. Ni flores tampoco. Sin embargo, la piedad filial acereó al féretro de madera blanca una enorme corona de siempre-vivas. Bonafoux telegrafía que no puede venir, expresa su pésame más sentido y ratifica el deseo de D. Nicolás de ser incinerado. De la frontera de España no llega nada á este humilde piso del boulevard Raspail. Parece que la guerra nos aleja cada día de nuestra Patria, de la Patria de Estévez, el último romántico, el militar legendario, de airosa perilla, que conspiraba y se batía por la libertad, el superviviente de la legión de emigrados que sentó en París sus reales dispuesta á no transigir jamás con la monarquía, usurpadora de la voluntad popular.

El primero en llegar es Blasco Ibáñez; luego José Franch; Luis Foyé, el aviador barcelonés, hoy enroldado al servicio de Francia, los dibujantes Ribas y Molla del Pino, los escritores Corpus Barga y Javier Bueno, el fotógrafo Vilella... En total, ocho jóvenes, puesto que en ellos me incluyo, presididos por el insigne autor de «Los argonautas». No podría disgustarle á D. Nicolás. ¡Los jóvenes! ¡Qué no ha hecho por ellos! En un coche, con varias amigas suyas, francesas, acomodamos á Anita Estévez.

Nosotros seguimos á pie el carruaje, bajo un sol implacable. Luxemburgo, Odeón, Bastilla, Voltaire, la interminable calle de la Roquette, sembrada de recuerdos del viejo París. Hora y media de marcha en una ciudad en estado de sitio, en este París del que se escriben tantas infamias, exageraciones y tonterías en la Prensa de España.

En la puerta del Pere Lachaise, se unen á nosotros Lapuya, Jerique, Vinardell Roig, Juvé de Buboix, Teixidó, ex periodista barcelonés. Romo Jara y Víctor Charbonell, seis españoles más y el único francés que á última hora tributa su homenaje al gran Estévez.

Vamos á cumplir una parte de los fervientes deseos de Estévez, la

única cláusula de su testamento, la que me repitió horas antes de su testamento, la que me repitió horas antes de su muerte con imperturbable serenidad: «Que quemen mi cuerpo, que aventen mis cenizas...» No, sus cenizas las guardamos.

Entramos en el edificio del horno crematorio. Blasco Ibáñez, Javier Bueno y Franch, presencian el depósito del ataúd en la boca llameante del horno. Mientras se efectúa la incineración salimos á pasear á los jardines. Al poco rato, de la alta chimenea comienza á salir humo. El grupo de españoles, rodeando á la hija de don Nicolás, levantamos la cabeza en un supremo gesto de despedida. Cuarenta minutos después volvemos á entrar bajo la cúpula. Blasco Ibáñez, Franch y yo, en nombre de la familia, nos colocamos junto á la boca del horno. Se abre y sobre los railes, se precipitan en una lámina de amianto los huesos calcinados. Aún se distingue el cráneo, rojizo, llameando... En una urna se colocan las cenizas, se sella la cinta que la sujeta y al salir al atrio, al ver la minúscula cajita, todos estamos pálidos. Después, en un nicho reducidísimo del *colombarium* se deposita la cajita. Es todo lo que queda de aquel cuerpo alto, grueso, que abrigó un alma tan grande. Silenciosamente, desfilamos, dando la mano á Anita Estévez.

Mientras ésta se aleja sollozando, nos reunimos todos bajo los árboles. Ahora á lo práctico—dice Blasco Ibáñez.—Mañana debemos firmar todos, añade—una carta dirigida á Dato, á Lerroux, á Castrovido, á Miguel Moya á Alfredo Vicenti, para que se le conceda una pensión á Anita Estévez. ¿Punto de reunión? Charbonnell ofrece el Círculo Berthelot...

En la plaza de Gambetta, las líneas de tranvías, la gente, los vendedores de periódicos, alborotando, nos separan. Un grupo va á penetrar en la escalera del metropolitano. Instintivamente, volvemos todos la cabeza hacia el cementerio, para sorprender entre los árboles la chimenea del horno crematorio. Por allá arriba, por lo alto, en humo, se fué don Nicolás...

P. CALDERÓN FONTE

De *El Progreso* de Barcelona.

Sencillo y hermoso artículo, digno del muerto.

Al acabar de leerlo, cojo la pluma y escribo esta carta, que pondré mañana 1.º de Septiembre certificada en el correo:

«Querido amigo Blasco Ibáñez: Acabo de leer en *El Progreso* de Barcelona el artículo de Calderón Fonte sobre la incineración de Estévez.

Agradecería á usted que me dijera

cuanto antes á qué persona de la confianza de usted le entrego aquí quinientas pesetas en nombre de la Cruz Roja Republicana y ciento en el mío, para que le suplique á Anita Estévez, á la que ofrecerá mis respetos, que se digne aceptarlas.

No se las giro á usted desde luego, por si con esto de la guerra pudiera sufrir retraso la entrega.

Su antiguo amigo y compañero
JOSÉ NAKENS

31 Agosto 1914.

DE LA GUERRA

Neutrales para ayudar á los franceses

En España hay armado gran jolgorio acerca de si debe ser neutral ó no, en la actual guerra europea.

Sobre este tema se han formado tres partidos: los anglófilos, los germanófilos, y los neutros.

Las razones alegadas por los tres bandos son idénticas en el principio y en el fin: «á río revuelto ganancia de pescadores.» Sólo disienten en si la pesca será más abundante con la red de la neutralidad, cogiendo lo que venga; ó si sería mejor pescando con dinamita al lado de los otros pescadores, que sólo con el fin de pescar han revuelto el río.

Los que hablan hasta aquí son los profesionales de la política de cada partido nacional; y como quiera que en España no hay político alguno que se inspire en el bien nacional en sus pescas políticas; sin agravio de nadie puede afirmarse que, al optar por uno ú otro bando, nuestros profesionales van á la pesca no para llenar las canastas de la Patria sino las suyas particulares.

Los altos principios de Humanidad, de Justicia, de Derecho... no se mencionan siquiera en la nación de Don Quijote. Sólo Sancho Panza habla y discurre.

EL MOTÍN no profesa la política, pero se siente político á ratos; no profesional, sino intruso: no consagrado, sino profano; como los veinte millones de españoles á quienes los señores profesionales nos hacen la merced de pedirnos tributos, votos y actas, á condición de renunciar á fiscalizarlos y á juzgarlos.

Y estando en uno de esos ratos, dice que él no es neutral, porque no cree lícito serlo, y que es francófilo, que en este caso significa estar del lado de los servios, de los checos, de los polacos y de los belgas. Y no es neutral, porque odia esa guerra loca, bárbara y criminal sobre todos los crímenes.

Y por ser francófilo, hace votos por que España guarde la neutralidad, manera la más eficaz de colaborar á la empresa de los oprimidos y ultrajados.

En el Estrecho de Gibraltar, con Inglaterra á este lado y España del otro, queda cerrado el paso á los austriacos; sus escuadras de los mares de Oriente para juntarse con los alemanes del Occidente, han de ir á dar la vuelta por el fin del mundo.

Están divididas... y por tanto medio vencidas. Inglaterra queda dueña del Atlántico, asegura en él el comercio intercontinental, y queda aislada del incendio de la guerra: esta porción del planeta y gran parte de África.

El libre paso de las escuadras aliadas por el Estrecho, al amparo de Gibraltar, permite organizar escuadras mixtas anglo franco rusas que pueden trasladarse del Atlántico al Mediterráneo y afirmar el imperio de la paz en él, sólo alterable por la evolución de Italia hacia la Triple, que no parece probable: con esto se impide la propagación del incendio por este lado, quedando localizado por mar en el Adriático, en donde es de esperar que las escuadras austriacas reciban su merecido.

La neutralidad de España garantiza la tranquilidad de Francia por lo que respecta á la frontera pirenaica. Por virtud del dominio aquel de ambos mares, la descarga de todo peligro por las tres cuartas partes de su línea exterior, pudiendo cargar sus fuerzas todas contra la invasión del Norte, hecha merced al atropello de la pacífica Bélgica.

Afirmar la absoluta y perfecta neutralidad de España, equivale, pues, á garantizar á Francia y los aliados este dominio de los mares y esta tranquilidad de gran parte del territorio francés, confirmando indirectamente y por carimbola el bloqueo de las guerreras Austro-Alemania, y dejándolas á merced del ciclón que han levantado en el mundo, hasta que las arrolle, haciendo desaparecer del planeta estos fantasmas que hacen de Europa el continente bárbaro, escandaloso, perturbador de la humanidad.

La neutralidad es, pues, nuestra mejor alianza con Francia. ¿Para qué salir de ella?

Dos opiniones extremas se han formado: la clerical, austrófila, cuyos periódicos propenden á la alianza con Alemania, defendida pertinazmente por Vázquez Mella, con ó sin autorización de su jefe don Jaime.

Ese político se lamenta de que no se hubiese hecho aquella alianza, que ahora nos tendría entre el martillo de Inglaterra y el yunque de Francia-Portugal, que nos sorberían como un sencillísimo sorbete. ¿Don-

de estaría España á estas horas? Colocada entre esas tres esponjas, estaría ya ocupada y repartida. ¿O es que don Jaime, aliado con Alemania y Austria habría lanzado contra los tres colosos sus legitimistas franceses y españoles, con el caballo de Santiago y de San Jorge, para establecerse en el trono de España y de Francia? Pues, como no sea por ese lado celestial y faccioso, difícilmente se ve cómo España habría podido resistir el más leve coletazo de esas potencias que encadenan su territorio, y cuya estrangulación tardíamente habrían podido evitar las tropas de ambos Césares, harto entretenidas en sacudirse los rusos que les vapulean y en evitar la reacción de los primeros derrotados.

En Babia se ha formado el partido contrario, que no debe llamarse anglófilo, sino anglómano. Pretende lanzar á España al lado de los aliados.

¿Qué va á llevar á la lucha España?

Escuadras, no será.

Dinero, no hay que soñarlo.

Cañones especiales, tampoco.

Armamento particular, menos.

¿Soldados no más? ¿Carne de cañón?

Pero, ni esto tenemos, después de las guerras postreras, después de la emigración y después de la decadencia de la raza. Ni aunque se tuviera sobrada (hablemos á lo gitano diplomático), nuestro auxilio no valdría gran cosa ante la avalancha de rusos, capaces por sí solos para inundar de sangre vigorosa á los países en guerra.

Acojamos con benévolo escepticismo las ilusiones de los que declaman que, rompiendo la neutralidad, España haría una hombrada y de un salto se colocaría sobre el tapete del juego político de las grandes potencias. ¡Vaya un pinito!... El del enano, detrás de los tres gigantes... Como no se pusiera cabeza de cartón para hacer de cabezudo, al vernos sobre el tapete es posible nos arrastrara la escoba del ordenanza, como chirimbolo dislocado.

Resignémonos á nuestro papel de neutrales, impuesto por una sana fatalidad.

Ya somos bastante hombres con hacer efectiva la neutralidad y con que sean nuestras embajadas las encargadas de representar los súbditos de algunos beligerantes. Si para este oficio servimos, abracémonos á él.

Todos en carácter

Leo en *El Progreso* de Buenos Aires:

«Continúan en Santa Catalina, Estado del Brasil, las barrabanadas de los llamados fanáticos.

Estos fanáticos se distinguen por dos características esenciales: son creyentes y son bandidos.

Esto nos enseñará cuán tolerantes fueron los emperadores romanos con las hordas cristianas, que eran los fanáticos de aquel tiempo, como las gavillas de los actuales son los cristianos de siempre.

Pero ahora hay más. Los tales fanáticos brasileños no son otra cosa que agentes inconscientes del jesuitismo, que por este medio quiere meter el hocico en aquella república como lo han metido por acá.»

Los heraldos de la civilización, (cuando existía en Europa) mandaban sabios á explorar los países que deseaban colonizar; los jesuitas encomiendan á bandidos, según el diario de donde copio esa noticia, la misión de fingirse fanáticos en las regiones que desean explotar.

Todos en carácter.

DE FRANCIA

Dios y la guerra

Es este un tema que requiere la intervención lúcida y autorizada de los especialistas. ¡Dios! ¡La guerra! Yo me limitaré á referir hechos. Quizás nuestro ilustre compañero Pey Ordéix halle en ellos motivo más que suficientes para glosarlos. Carezco de prestigios teológicos: no sé de estas cosas más que un mediocre seminarista de grandes orejas, frente deprimida y pelo rojizo. Por tanto no aventuro mi pluma en los laberintos de la historia, aunque bien pudiera hacerlo aun á trueque de que los adversarios me dijudasen de pedantón ó de plagio. El tema es, sin embargo, sugestivo. Pertenece á los que escojo para encabezarlos con el título «Diario de un sentimental.» No se aparta tampoco de la guerra, sobre la que quiero que estas crónicas sean un relato documentado para nuestros lectores, que con nosotros asisten á una de las páginas más gigantescas de la historia, que llenará el mundo de leyendas de epopeyas que referiremos después á nuestros nietos como lo hacían nuestros viejos castellanos, dominadores del mundo, cubierta de nieve la cabeza é iluminadas las cicatrices por el sombrío resplandor de la chimenea.

¡Dios, la guerra! Meditad. Francisco José es emperador de una nación católica. Es él ferviente católico. Sus armas lo son tanto suyas como de Roma. Sus proclamas comienzan y terminan invocando el nombre de Dios y afirman que el Todopoderoso protege los ejércitos austriacos. «Orad conmigo—dice á sus soldados.—El cielo bendice nuestras armas y el cielo nos dará la victoria contra Servia y Rusia». ¿Cómo imaginar que un monarca como Francisco José, primer sostén del

papado, no crea legítima su esperanza en la protección divina?

¡Ah! Pero es que, momentos después, el telégrafo, que no tiene religión y que se burla de todas, os transmite el discurso del zar de Rusia, emperador y papa guerrero y sacerdote, definidor del dogma y regulador del derecho de su pueblo. El sostiene la forma divina en una mano y la espada en la otra. Los dos símbolos son suyos. Entre la divinidad y él no media el Pontífice de Roma. Es él pontífice de las Rusias, soberano de sus reinos, y él los bendice y los gobierna, en lo espiritual y en lo fiscal. El impone tributos y envía al mismo tiempo que el recibo de contribuciones el breviario de plegarias. Y Nicolás II, dirige sus tropas á Austria y á Alemania y les dice: «Id, hijos míos. La victoria es nuestra. Dios está con nosotros. No hemos provocado á nadie. El ejército ruso parte en batalla para defender la causa de un débil. ¿Qué obra puede ser más grata á Dios? El me inspira y él nos acompañará enviando sus ángeles para que os precedan en las luchas de mañana. Prostraos, como yo, ante la Divina Providencia.» Y el pueblo imitó á su emperador y se postró de hinojos, y sordo, inmenso murmullo de plegarias pobló el espacio y ascendió á lo más alto de las azules bóvedas donde moran y revolotean vírgenes y arcángeles, que hoy, como los hombres, blanden armas fraticidas y flamígeras.

Pero, amigos míos. El emperador de Alemania no es menos religioso que sus homólogos. El es quien ha dirigido á los ejércitos la más vibrante oración. Tanto que no me era conocida tal religiosidad de Guillermo II. Creímos todos que no es un sincero. A juzgar por los términos de su sermón, el emperador de Alemania es uno de nuestros mejores frailes. «No pongáis más que el pensamiento en Dios—dice.—Cuando mi voz termine estos acentos, haced como yo: dirigíos en seguida á los templos, invadidlos. Besad los suelos con vuestros labios y vuestras frentes. Sí, besad la tierra para que al hollarla nuestros soldados surja de todas partes el poder divino que ha de conducirlos á la victoria. Dios os da la mano. Alemania es su brazo y la más amplia expresión de su poder sobre la tierra. Yo os bendigo en el nombre de Dios, que colmará de honor y de alegría á este gran pueblo.» Y los alemanes invadieron los templos y oraron y elevaron sus almas hasta las alturas en que el Buen Dios, sentado, contempla este espectáculo que le ofrece Europa, esta vieja Europa que en otros siglos creyeron los sabios religiosos que era lo único que existía en la creación.

Y hétenos en Francia. Los periódicos que se publican con el título «La Croix» ofrecen en la cabecera un crucifijo y al pie una inscripción que dice: «Dios protege á Francia». Y el obispo de París ha dirigido á los católicos un discurso en el que se afirma que Dios está con Francia y que las armas francesas obtendrán la victoria por la mediación de Dios. Inglaterra ha sido más sobria. Y el gobierno francés, que rompió sus relaciones con la divinidad, por labios de Poincaré y de Viviani sostiene simplemente que el ejército va á batirse por el Derecho, por la Justicia y por la Humanidad.

Y he aquí nuestra turbación. ¿Quién está en lo cierto? ¿Francisco José, Nicolás II, Guillermo II, ó el obispo de París? ¿Con quién está Dios, con Austria, Alemania, Rusia, Inglaterra ó Francia? Estos monarcas ¿cómo se atreven á manosear el nombre de Dios en tales términos, que aparece aquí como una contradicción ridícula? ¿Que pueblo, qué ejército son sus predilectos? ¿Es el mismo Dios á quien se dirigen estos monarcas, ó son distintos hermanos de una misma divina familia? ¿Qué parentesco liga á estos dioses? ¡Ah! La cuestión no es baladí. Porque aquí habrá pueblos derrotados. Y ya veremos qué responsabilidad le exigen á la divinidad, ó á los que en su nombre hablaron ó su autoridad se atribuyeron. Esta es una nota de la guerra. Y más que una nota sentimental, una página que á los incrédulos envían las circunstancias. Ciertamente, todos sabemos á qué aternos respecto de estos problemas militares en que se invoca el nombre de Dios para excitar á los soldados. Pero, ahora, el fracaso va á resultar estrepitoso y universal. Tanto, que yo no me atrevo á ahondar. No sabría. Prefiero dejar los hechos así, escritos, para que el lector los comente á su manera; pues es seguro que una sonrisa escéptica se dibujará en los labios de todos los que creen que el Derecho y la Moral pueden y deben vivir sobre las armas y sobre la divinidad.

F. AZZATI

"El Motín" al nuevo Papa

Cuando llegue este número á los lectores, es posible que el orbe católico haya echado las campanas á vuelo para celebrar el nombramiento del nuevo Papa que se está eligiendo en Roma por unos cuantos católicos llamados cardenales, y que tienen mucha prisa por salir del Cónclave, temerosos de que la guerra haga con

el Sacro Colegio una barbaridad por el estilo de las de Malinas, Lovaina, Charleroi y Lieja.

No sabemos si se llamará Urbano ó Silvestre; Pío ó Lobo; Clemente ó León. Si tomará nombre de santos humildes como Benito, ó nombre de soberbios y guerreros como Julio y Alejandro.

Lámese como se llame, nos dirá que lo ha elegido el Espíritu Santo, venido al Vaticano en estos días de guerra europea. Y sea quien sea, se dirá prisionero del Vaticano y trabajará con toda su fuerza diplomática para impedir que las naciones le abran la cárcel y le obliguen á salir de ella.

EL MOTÍN, conmovido de antemano por aquel venidero llanto, hace votos porque acabe pronto su prisión y encierro, y pide á Dios permita arrasar aquella cárcel impía en cuyos calabozos tan amargas horas han pasado los infortunados vicarios de Cristo.

En recompensa de estos deseos, EL MOTÍN pide al Padre Santo la primera excomunión, que cree tener bien ganada. ¿Qué honor... si le tocase esta breva!

LA GUERRA EN ESPAÑA.

Gracias al altísimo, en España no se han suspendido un solo día las funciones religiosas, ni la lotería, ni las corridas de toros. El pan corporal ha subido algo: el espiritual no ha sufrido merma. Mientras tengamos misas, lotería y toros, España está salva.

LA VIRGEN DE LOURDES

Es lema de la Virgen de Lourdes: «protegeré á Francia».

Sería idea muy peregrina la de promover una peregrinación europea á aquel santuario, antes que lleguen allí los alemanes y se apoderen de la Virgen, de los millones y de las aguas de su piscina.

*Libros á mitad de precio
hasta fin de Septiembre*

Poesías festivas anticlericales

PRECIO: 1 PESETA

ALMANAQUE cómico DEL CARLISMO para 1914

con sesenta caricaturas

Precio: 1 peseta.

CIENCIA Y RELIGION

Por Malva

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

EL MOTIN



Entusiasta manifestación de los únicos europeos que no tienen hoy que preocuparse del mañana.

PARIS

Obispos, Curas y Frailes fusilados

—Lo que no nos explicamos—dicen los católicos franceses—es la actitud de los jesuitas.

En Italia y en España, en efecto, la Prensa clerical es la única que se muestra en los momentos actuales ardientemente deseosa de que la protestante Alemania venza y mutila y humille á la católica Francia. En vano el clero parisiense demuestra que el país de monsieur Combes se muestra unido cristianamente. En vano el arzobispo de París forma parte de la gran Junta nacional que sirve de Consejo supremo al Gobierno de la República. En vano los jóvenes viarios de todas las parroquias se alistan llenos de entusiasmo para defender la patria de Juana de Arco contra el pueblo de Lutero! En vano las suscripciones públicas para los capellanes del ejército han reunido ya centenares de miles de francos.

Nada calma el odio de los jesuitas contra el país que no ha querido someterse á sus duras voluntades.

Cuando, algunas horas antes de declarar la guerra, los tudescos fusilaron á un pobre cura de Lorena que tuvo el atrevimiento de predicar en francés, la conciencia católica del mundo entero sintióse indignada. De Austria misma salieron algunas voces de protesta. Sólo un periódico clerical de Roma explicó aquel acto, asegurando que el alma del kaiser había sido «dolorosamente sorprendida» por tamaño acto. Y agregó: «Ahora que los jefes han podido ya dar sus órdenes, se verá el respeto con que la nación alemana, en gran parte católica, tratará á los representantes de Cristo en la tierra.» La realidad, ¡av! parece complacerse en desmentir estas esperanzas.

He aquí las líneas que «La Croix», órgano oficial del episcopado francés, publicaba ayer 22:

«Los frailes redentoristas de Milhusa, establecidos en el barrio de Reidisheim, dieron albergue á algunos soldados heridos franceses cuando la ciudad fué ocupada por primera vez por las tropas francesas, el 8 del corriente. Al recuperar la ciudad, los alemanes fusilaron á los soldados heridos y á los nueve frailes que se encontraban en el convento.»

Hoy, la misma «Croix» da la noticia del fusilamiento de un obispo, en los términos siguientes:

«Monseñor Kanneugieser ha sido fusilado, y su palacio ha sido destruido con dinamita. Este prelado era alsaciano de origen. En 1900, cuando Guillermo II quiso reempla-

zar los grandes Seminarios alsacianos por una sola Facultad de Teología en Estrasburgo, este obispo hizo una campaña contra aquel proyecto. Desde hace algún tiempo monseñor estaba ciego.»

¿Por qué causas fué fusilado este príncipe de la Iglesia? Los telegramas no lo dicen. Pero es probable que su actitud en el asunto de los Seminarios no sea extraña á la ejecución. Los emperadores germanos, hoy como en la Edad Media no soportan que la Iglesia se oponga á sus proyectos políticos.

¿Queréis otra noticia del fusilamiento? Los periódicos de esta mañana lo publican en sus «últimas horas», asegurando que emana de la autoridad militar francesa de Alsacia:

«El cura de una de las principales parroquias de Milhusa fué fusilado por los alemanes. Llamábase Brun y era alsaciano. Su crimen consistió en permitir que algunos franceses se refugiaran en su iglesia, en el momento en que las tropas del kaiser atacaron á la guarnición que había ocupado la gran ciudad industrial hace quince días.»

Por su parte, los belgas, en las notas dirigidas á las potencias neutras contra las atrocidades cometidas en los alrededores de Lieja, quésanse de que las bordas imperiales quemaron varias iglesias, en las cuales los habitantes de las aldeas habían buscado un refugio.

Y, ó mucho me equivoco, ó tales actos no serán los últimos de que la Iglesia católica tendrá que quejarse en el curso de esta guerra.

Pero, ¿se quejará?..

Los jesuitas, desde luego, no. Para ellos Francia es tan odiosa que aun los sacerdotes que simpatizan con ella merecen ser fusilados. En cambio, Alemania, la gran Alemania protestante, es digna de todos los respetos, de todos los entusiasmos, de todos los amores. En España, *El Siglo Futuro* lo dice día por día. Y no sólo lo dice. Lo «prueba». Oid su voz evangélica:

«Como hemos dicho y probado y han dicho y probado los del campo de enfrente, y aunque todavía lo pongan en duda algunos del campo de enmedio, en esta guerra luchan de un lado el orden, el principio de autoridad, el respeto al derecho y el espíritu religioso, y de otro el desorden moral que precede al material, la indisciplina social, la tendencia á la anarquía y el espíritu laico y revolucionario.»

Siendo así, ¿cómo la Iglesia no ha de estar del lado de la Alemania, encarnación del espíritu religioso, contra Francia, símbolo del espíritu laico?...

Lo malo es que mientras los laicos respetan á los prisioneros, cu-

ran á los heridos y protegen á las iglesias, los del espíritu religioso incendian las aldeas, fusilan á los sacerdotes y disparan contra las Hermanas de la Caridad que se hallan en las ambulancias belgas.

E, GÓMEZ CARRILLO

El Liberal.

La bancarrota del alma

Estoy deseando, como casi todo el mundo, que termine la guerra cuanto antes; y no sólo por la sangre y las lágrimas que se derraman y las catástrofes sin cuento que produce, sino para afirmarme en la idea de lo estúpida que es la Humanidad.

Antes de comenzar la guerra, acudieron católicos y protestantes á sus templos respectivos, á pedir á Dios que les ayudase á romper el alma á sus contrarios.

Y después de terminada, irán unos y otros á rogar por el descanso eterno de las almas rotas, sin perjuicio de alabar á Dios los vencedores por el triunfo, y de acatar resignadamente sus inexcrutables designios los vencidos.

Cada día me convenzo más de que no será realmente habitable el planeta Tierra, hasta que todos sus habitantes canten á coro este pareado de Espronceda:

«Aquí para vivir en santa calma,

ó sobra la materia ó sobra el alma», y se decidan á suprimir del todo la segunda, aunque no sea más que para evitar que cada prójimo se pase la vida pensando en la mejor manera de rompérsela á los demás.

Y si alguno duda de la certeza de esto que indico, fíjese en la situación actual del mundo, y sírvase decirme qué pito ni qué flauta toca en ella la parte espiritual, que hasta hoy creíamos representada por el alma, que nadie sabe lo que es ni dónde está.

Discurso de Bebel

El horror de la guerra

Palabras pronunciadas por Augusto Bebel, con motivo de la crisis marroquí en 1911, en el Congreso celebrado aquel año en Jena por la Democracia social:

Del curso de los acontecimientos en una gran guerra apenas si podemos formarnos idea. ¿Qué ocurrirá aproximadamente si estalla la guerra? Esto es de gran importancia para juzgar verosímelmente la situación. En el año 1893, cuando se incluyó en la orden del día del Reichstag la proposición de reforma militar y nosotros nos opusimos á ella, indicando especialmente las funes-

tas consecuencias que una gran guerra había de tener, tomó la palabra el entonces canciller Caprivi. Caprivi era uno de los primeros generales alemanes, y declaró.

«Tan pronto como se declare la guerra, aparecerán ejércitos como nunca los ha visto el mundo, como nunca han sido mandados por general alguno. ¿Cuál ha de ser el resultado? No hay nadie que lo sepa. Por lo que a Alemania se refiere, desde el primer día de movilización será llamado hasta el último hombre útil para la guerra (Atención! Atención!).

El número de hombres movilizables era en otros tiempos de cuatro millones; hoy sería de cuatro y medio á cinco; y si se hiciera el segundo llamamiento del «Landsturm» (cosa que habría de suceder) serían de cinco y medio á seis y medio millones de hombres. (¡Atención! ¡Atención!) Esto es una enormidad. Esta movilización gigantesca habría de traer consigo una verdadera revolución en todas nuestras relaciones sociales y económicas. Millones de trabajadores serán separados de sus familias, que no tendrán qué comer ni podrán sustentarse. (Viva aprobación). Los valores públicos sufrirán un descenso, del cual hemos visto ahora un ejemplo en pequeño y por el cual miles de familias acomodadas se convertirán en mendicantes. (¡Es cierto!) Paralizada la exportación, se interrumpirá nuestro gran comercio mundial. Se paralizará el trabajo de numerosas fábricas y talleres, excepto en los que trabajen para las necesidades de la guerra. En todos los rincones de Alemania habrá falta de trabajo y carestía de recursos. La importación de medios de subsistencia cesará por completo ó en gran parte. El precio de las subsistencias alcanzará alturas inauditas, aunque parezca que hoy ya son bastante elevados. (¡Atención! ¡Atención!) Todo esto significa el hambre general. ¿Qué puede creerse, pues, que nazca de situación semejante? Entonces las masas no gritarán pidiendo la huelga general; (Viva aprobación); gritarán pidiendo trabajo y pan. (Caluroso asentimiento.) Esa será la situación de las cosas. (¡Muy bien! ¡Muy bien!).

Pedirán trabajo y pan, cosas que de ningún modo se les podrá dar, á excepción del trabajo en las industrias directamente interesadas en la guerra. ¿Quién habrá de auxiliar á las familias de los sin trabajo? Para eso no habrá dinero. Las cajas de los Sindicatos se hallarán ante la bancarrota (Aprobación); no podrán proporcionar los socorros necesarios; no podrán tampoco hacerlo los Municipios ni el Estado, puesto que la movilización del ejército de mar y tierra habrá de costar 45.000.000

de marcos por día (Sensación): 1.350 millones de marcos en un mes. (¡Atención! ¡Atención!) Y ahora representaos la guerra misma con el extraordinario desarrollo alcanzado desde 1870, los ejércitos de millones aquí y allá, los fusiles de repetición, los cañones de tiro rápido, las ametralladoras, las modernas materias explosivas, etc. (Aprobación) Una interrupción: los dirigibles.) Cuando hace algunos años se verificó en Alsacia-Lorena una gran maniobra bajo la dirección del mariscal de campo conde de Hessler, al terminar, declaró este jefe: «La maniobra ha resultado muy bonita; pero ahora me pregunto yo: Si esto fuera de veras, ¿qué habríamos de hacer de los cadáveres, y, sobre todo, dónde habríamos de llevar á los heridos?» (Vivo asentimiento).

Compañeros: Todos estos acontecimientos habrían de producir un estado de ánimo, del cual apenas si podemos formarnos una idea. Ya en 1904 dije yo al príncipe Bülow que, si sobreviene una gran guerra, correrá peligro la existencia de la Sociedad burguesa. (Calurosa aprobación.) Y no sere nos nosotros los que hayamos llevado á tal situación, sino los representantes de esa Sociedad burguesa (Viva aprobación), que se creen en el deber de sostenerla; ellos solos serán los responsables de toda la inmensa miseria y de las espantosas consecuencias de semejante guerra. (Aprobación entusiasta.)

También he hablado yo con personas entendidas sobre la posibilidad de obtener medios económicos. Cuando estalló en 1870 la guerra franco-alemana, exigió Bismarck al Reichstag 120 millones de «talers». Yo tenía entonces la honra, con Liebknecht, de sentarme en el Parlamento. Todos saben por qué negamos nuestro voto al gobierno. Esos 120 millones de «talers» se ofrecían al 88 por 100, de modo que quien suscribía 100 «talers» no tenía que pagar más que 88, y además se le aseguraba el 5 por 100. ¿Y el resultado? En vez de 120 millones de «talers» se suscribieron solamente 68 millones. (¡Atención! ¡Atención!) Estoy muy lejos de comparar la situación de hoy á la de entonces. Pero ¿cuál era la situación de Francia lo prueba que, cuando en 17 de Junio la Cámara francesa pedía con el mismo objeto 700 millones de francos, esta suma fué proporcionada por la Bolsa francesa y por el pueblo francés hasta el último céntimo.

No se sabe lo que podría ocurrir en Alemania en un caso semejante. Yo he saludado con satisfacción—lo confieso—el miedo que aquí se sintió ante los rumores de guerra y el movimiento de la gente que se precipitaba á las Cajas de Ahorros. ¡Ah! —decía yo—, esto es muy sano para

los de arriba que no habían visto estas cosas. ¿Cuántos de los que hoy viven han presenciado la guerra del 70 como hombres capaces de juzgar?

¿Como se quería librar Bismarck de un segundo choque con Francia? Muchos de los que hablan ligeramente de la guerra con Francia dicen que la acabaríamos pronto. Pero militares entendidos aseguran que en ningún caso la habríamos de acabar tan pronto como en 1870. ¡Y qué difícil fué aquello! Pero todo lo que tuvo que sufrir entonces el ejército y el pueblo no lo dicen los libros. (Muy bien.) Quien ha visto la necesidad, la miseria, la falta de trabajo de aquel espantoso invierno de 1870-71 no puede querer jamás una segunda edición. (Viva aprobación.) Y lo que pudiera suceder habría de ser infinitamente peor, más terrible y en modo alguno comparable con lo que ocurrió en 1870. (¡Muy bien! ¡Muy bien!)

UNA VISITA

—Mi querido D. José. Siempre trabajando. ¿Llego á hora intempestiva?

—¡Amigo Pérez! No hace media hora pensaba en usted. ¿Es definitiva, ó por lo menos duradera, su estancia en Madrid?

—Dado mi carácter, podemos llamar duradera á un año.

—¿Vuelva usted á América?

—Sí, señor. Hay mucho que estudiar allí. Hasta ahora no hice más que la investigación directa, tomando como *programa* los Ayuntamientos de España: traigo ya datos bastantes para estudiar los de Europa, y con todos ellos marcharé á Australia, donde por ser poblaciones nuevas en su mayoría, tengo seguridad que estarán resueltos los problemas municipales de manera distinta.

—¡Lástima que esos trabajos no encajen en el marco de EL MOTÍN!

—Y ¿cómo no? Claro que encajen. Yo los hago para el público en general, no para un determinado público; y supliendo en el de EL MOTÍN gustos especiales, yo le aderezaría platos selectos, con las mismas viandas, variando la salsa. ¿Quiere usted que resucitemos aquella sección, ANDANDO POR MADRID?

—Cuando usted entró le dije que no hacía media hora pensaba en usted y era porque desde las dos y media hasta las cuatro han venido á cobrar; las cédulas, el inquilinato, la contribución, los toldos... estaba desesperado y pensaba: ¡Lástima no estuviera en Madrid Juanito Pérez para rogarle hiciera algo acerca de Presupuestos Municipales, ahora que van á confeccionarlos, para que nuestros queridos compañeros, que casi

son mayoría ó por lo menos se apiñan en compacto grupo, cambiasen la manera de cobrar!

—No pretendo que rebajen los impuestos. ¡Que ya es resignarse! Por aquello de... los gastos... la Capital de España... etc. Pero supriman tanto impuestos chicos y hagan uno grande. Es preferible un tiro, á veintipinchazos.

—Precisamente las cuestiones de hacienda municipal son mis aficiones. ¿Usted me autoriza para que me meta con las personas?

—Ya me conoce usted de toda su vida. VERDAD, y... caiga el que caiga.

—¿Podría usted conseguir que me permitiesen copiar parte de las actas de las sesiones atrasadas?

—Según las leyes, son públicas.

—Pero es que la ley (luz pura de la verdad), al pasar por el prisma municipal se transforma en los siete colores del iris: cualquiera sabe al encontrarse con el azul, el rojo, ó el amarillo ¡que aquello es blanco!

—Escribiré á uno de los amigos, ó á varios si es necesario, para proporcionarle todos los elementos de combate.

—Los reuniremos primero, porque después que empieza la serie de artículos ¡cualquiera pide un favor al que por merecerlo se le censure!

—Escribame usted lo que desee y se le complacerá.

—¿Cómo titul remos la sección? ¿Presupuestos municipales?... ¿Cámelos administrativos?...

—Sección, título y artículos son de usted.

JUAN PEREZ

Noticias culminantes de la guerra

31 Agosto de 1914. — LOS ALEMANES. Se consideran dueños de Bélgica, excepción hecha de Amberes, donde los ejércitos nacionales se hacen fuertes. El kaiser ha declarado anexionada Bélgica al Imperio de Alemania.

En su excursión por Francia, los alemanes avanzan con dirección á París, que se está fortificando á toda prisa.

LOS RUSOS. Siguen en su avance por el territorio alemán y austriaco, con algunos reveses que no detienen su marcha. Viena y Berlín, se están fortificando en previsión del ataque de los rusos.

El ministro de Estado de Washington ha recibido una protesta, presentada por el ministro de Bélgica, contra la destrucción de Lovai-

na por los cañones alemanes, violando el Derecho internacional y los derechos de la Humanidad.

El Correo Español aplaude la destrucción. Entre lo destruido está la catedral con sus relicarios, sagrarios, crismas, santos, copones etcétera... ¡No hicieron nada de esto en Barcelona los revolucionarios!...

Los alemanes fusilaron en Lovaina numerosos habitantes, entre ellos siete sacerdotes, monseñor Coenraets, el vicerrector de la Universidad y el burgomaestre.

Añade el despacho que todos los hombres útiles que encontraron en Bélgica los han llevado á Alemania para la recolección.

EN POLONIA. Los rusos, para ganar la Polonia alemana y austriaca, le ofrecen libertarla de ambos imperios y otorgarlas la libertad religiosa, en nombre del Zar, jefe de la religión cismática.

Los austriacos ofrecen lo mismo á la Polonia rusa, en nombre del emperador católico.

Está visto que las intransigencias religiosas se sienten desacreditadas y se visten el gorro frigio de la libertad. La cruz de Constantino ha sido arrincenada: el lábaro santo se ha metido en el sótano de los palacios imperiales.

Entre Embajadas. La de Inglaterra en Madrid denuncia en la prensa varias violaciones del derecho de gentes cometidas por los alemanes. La de Alemania hace publicar que son calumniosas tales noticias y da como prueba la palabra de honor del Embajador.

Acordé nonos de los pactos firmados en la Haya por Alemania y creamos que ninguno de los Embajadores miente.

Bombas en París. Un aeroplano alemán ha lanzado bombas sobre París y sobre Amberes. Luego dirán de Ravachol...

IDEAS Y ACCION

La humanidad trágica

Si algún argumento pudiese hallarse contra el dogma darwinista de la variabilidad de las especies, ciertamente lo hallaríamos aparentemente en la presente conflagración europea, conflagración de odios y rencores, que demuestra que el *Homo europeus* del siglo XX es psicológicamente el mismo que el hombre de las cavernas de la remota edad de piedra. Progresó la inteligencia, pero la moral humana no ha progresado un ápice. La concepción de la

vida como «lucha por la existencia» continúa siendo la norma suprema del individuo y de las colectividades. En vano Buda y Confucio, Zoroastro y Jesús han traído al mundo su buena nueva de paz y de fraternidad universal; en vano todas las religiones y todos los grandes reformadores han tenido la visión de una nueva humanidad, de una superhumanidad regida por una pura ley moral, superior á las leyes físicas del mundo. Todo han sido ideales que han arrullado con su canción optimista al mundo adormecido durante breves intervalos. Pero las esperanzas se han desvanecido como un sueño y la *Bestia blanca* ha vuelto á asomar su zarpa y ha rechinado sus dientes, y el odio ha lanzado unos contra otros á los que los videntes querían convertir en hermanos. El hombre es invariable y ha resistido hasta hoy á todos los ensayos, aun los más radicales, de variación moral. Las doctrinas religiosas de la paz y de la fraternidad han producido un efecto irrisorio... Cuando los hombres han abrogado tan consoladoras doctrinas, lo han hecho con tal entusiasmo, que á nombre de este ideal de fraternidad han exterminado á todos los *hermanos* que creían lo mismo que ellos, pero que habían recibido la doctrina de labios de otro profeta que el suyo.

El último esfuerzo de estos eternos instintos de progreso moral que agitan el alma humana ha tenido lugar en múltiples direcciones durante la época moderna. Parecía como si el progreso colosal de la inteligencia humana, poniendo en íntima é inmediata comunicación á todos los pueblos de la tierra, había de ser el vehículo más propicio para extender y sembrar definitivamente los ideales religiosos de la fraternidad humana. Considérese esta maravillosa solidaridad de la ciencia y de la cultura moderna, que hace á todos los hombres partícipes por un igual de los beneficios inmensos que reportan las grandes y continuas victorias de la inteligencia del hombre sobre las fuerzas ciegas de la naturaleza. Esta solidaridad de la ciencia y de la cultura junta en un haz apretado, y al parecer indisoluble, á los espíritus más selectos y elevados de la humanidad, sean de la religión ó del país que se quiera. Hoy el Reino santo de la Inteligencia es internacional y no puede haber ni idearse régimen más democrático é igualitario que el que rige en esas cumbres sublimes de la humanidad, desde donde se dirige tenaz y serenamente el avance incesante de nuestra especie. La Ciencia moderna es, aunque parezca paradójica, una aristocracia regida democráticamente. La blusa del investigador de laboratorio es la librea

más igualitaria que se puede imaginar y que jamás haya existido en el mundo; y, en realidad, el hombre de ciencia ruso y el alemán, el inglés y el chino, el suizo y el canadiense, grandes y pequeños, excepcionales ó insignificantes, se llaman y son verdaderamente *hermanos* en todas las lenguas del mundo, y se aman y se respetan unos á otros, según la ley más depurada de todos los Evangelios que haya podido tener la humanidad. Claro que la ciencia por sí misma no es una doctrina moral; pero de ella se desprende fatalmente un corolario moral de enorme trascendencia, un resultado ético hecho de modestia y lealtad, de amor y sacrificio, que convierte á todos los verdaderamente iniciados en su espíritu, en neófitos fervientes de una religión toda tolerancia y respeto, amor y fraternidad.

Hoy en día se decía que el mundo moderno estaba caracterizado por esto: por el dominio absoluto de la Ciencia. Parecía que ésta había de imponer su serenidad y sus altos intereses por encima de los intereses egoístas de los demás hombres. Pero los hechos han venido brutalmente á demostrar que esos tiempos venturosos están lejos, muy lejos. Los mercados pueden más que los laboratorios científicos, la riqueza de dinero es aun más poderosa que toda la riqueza del espíritu, en cuya repartición geográfica no se conocen fronteras. ¡Ah! Todos los que nos hemos vestido esta blusa igualitaria y fraternal hemos sentido esta dulce fraternidad que no conoce fronteras y que extiende sus lazos cada vez más estrechos entre los más apartados y distintos países, en forma de libros y conferencias, Congresos y sabias epístolas, y por esto ahora, en este momento de maldición en que los ejércitos chocan y se despedazan, vemos á todos esos venerables profesores y jóvenes decentes llenos del ardor sagrado de la ciencia, como si fueran sacerdotes llorando prosternados ante sus aras en sus templos desiertos, interrumpida su santa labor de paz y fraternidad por el estruendo de un combate apocalíptico.

En esta lucha fratricida que hoy se desarrolla en Europa, triunfa la humanidad trágica sobre la humanidad fraternal representada por la ciencia moderna. Los hombres de ciencia combatirán en gran número en los ejércitos rivales. La muerte estúpida y ciega segará más de una vida preciosa para toda la humanidad. Es cierto. Pero estad seguros, amigos míos, de que esos modestos obreros de la ciencia que han hecho algo más que idear é inventar ingenios de destrucción, al levantar á estas horas sus brazos empuñando los fusiles, y mientras desde uno y

otro ejército *defienden la patria*, se alargan fraternalmente las manos unos á otros, buscándose para renovar el eterno abrazo más allá de la muerte y para defender contra todo ataque la patria eterna del espíritu, una é invisible para todos los hombres. Y este abrazo subsiste y subsistirá á pesar de todos los odios nacionales que tienen agarrotada á la humanidad á la «maldición de ser invariable». Sólo queda el consuelo de que en esta especie invariable del *Homo lupus* hay una selección, una aristocracia que ha logrado formar una variedad superior, el *Homo sapiens*, en toda la majestad de su inteligencia, desprendido ya de todos sus instintos feroces. Pero esta humanidad superior jamás conseguirá elevar hasta su alta esfera al resto de los hombres. La humanidad es esencialmente trágica.

DAIMON

Los maleficios y brujerías del siglo XX

El sucedido se refiere al pueblo de Pont de Vilumara (Barcelona).

Es el caso que hace siete ú ocho meses que el obispo de aquella diócesis tuvo por la pura fuerza que trasladar el cura de aquel pueblo á otro, porque las autoridades y los vecinos todos iban contra él. El obispo no quiso disidencias entre autoridades civiles y eclesiásticas y lo trasladó, con aplauso del pueblo. Pero se pierde la cosecha de uvas y toda clase de frutos, y el vecindario cree que el cura con sus oraciones y exorcismos causa el extrago por vengarse.

Un vecino con sentido común les dice:

—Desechad esa idea. ¿No véis que si tuvieran los clérigos ese poder, perecerían los habitantes de las naciones que expulsan frailes, jesuitas y nuncios?

«¿No véis que para curar un dolor de barriga del Papa, de un rey ó de una infanta se echan al cielo millones de misas, se queman millones de velas, los frailes y monjas se azotan espaldas y posaderas... y como si no?

«¿No véis que los cardenales, cuando los duele una muela, no van á rezar á Santa Polonia, sino que acuden al dentista? ¿No véis que cuando hay tormenta, lo mismo arrasa el campo del impío que el del abad?

«Pues... si pudiesen echar mal de ojo... ¡pobre Motín! ¿Dónde estaría!...

«Y ahí le tenéis. Pío X muere, y vive Nakens para desmentir la eficacia de las excomuniones y para desacreditar las brujerías, exorcismos y demás diabluras religiosas.

«Vino la filoxera á vuestros campos, sí, pero pasó antes por los cam-

pos de mil pueblos cuyos curas hacían rogativas para que no fuera.

«Si vuestro cura tuviese tal poder... ¡millonario en cuatro días! Con brindar ahora sus servicios al Kaiser contra Francia...

«Pero no temáis: ese pobre cura, cuando le pique una pulga, se rasará como vosotros y no esperará á que las manos de los ángeles vengán á hacer aquella operación.»

Y al hablar así ese vecino, habla como un santo.

Meditación de un descreído en una iglesia:

Resulta curioso lo que ocurre en los templos; es á Dios á quien venimos á visitar, y es el cura quien recibe.

A lo que puede contestarse:

—No es el dueño de la casa, es el lacayo quien recibe siempre la propina.

El maestro refiere el sacrificio de Abraham á los niños:

—Y entonces, habiendo Abraham atado á su hijo y puestolo sobre el altar, tomó su cuchillo y... ¿qué creéis, amiguitos míos, que sucedió?

Una voz desde el último banco:

—Que Isaac echó á correr antes que le acometiera.

Truth Seeker

Libros á mitad de precio hasta fin de Septiembre.

La celda núm. 7

Precio: DOS pesetas

José Nakens

VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lanas)

por José Nakens

Segunda edición.—318 páginas.

Precio: 2 pesetas.

El P. Miguel Mir

y

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Estudio histórico-crítico

de S. Pey Ordeix.

Un tomo de 206 páginas

UNA peseta.

“Milagros comentados”

POR

José Nakens

PRECIO DOS PESETAS

LA RELIGION

AL ALCANCE DE TODOS

Una peseta

Leyendo Cánones

(CONTINUACIÓN)

CONCILIO DE MAGUNCIA, *Maguntinum*, año 847.

13. Cada Obispo «cuidará mucho de que los Canónigos y Monges vivan arregladamente, que tengan horror á los pecados de la carne, y no se mezclen en negocios seculares; de que no asistan á las Audiencias judiciales sino á defender á la viuda y al huérfano; que no gusten de los juegos de envites, de los adornos indecentes á su estado, de comida regalada, del vino, de la caza con perros ó aves de rapiña etcétera. Les prohibimos todas estas cosas. Deben tener pobres á su mesa; y durante ella se leerán cosas santas.»

En ese sólo cánón estan condenadas, si no todas, muchas de las costumbres que distinguían á los monjes y á los canónigos de aquellos tiempos que hoy se nos presentan como los mejores, y que nosotros muy cuerdateamente rehuimos imitar. En todo lo que se relaciona con los sacerdotes y los frailes resulta falso el dicho de que todo tiempo pasado fué mejor.

CONCILIO DE VALENCIA EN EL DELFINADO, *Valentinum*, año de 855.

22. «Se condena el abuso, según el qual exigían los Obispos derechos de visita, aunque no la hiciesen.»

Como los derechos que arrancan de deberes incumplidos es injusto reclamarlos, me permito creer que los obispos que lo hacían estaban bajo la influencia del vicio que les reprobó en el cánón 6.º el Concilio de Aix-la-Chapelle. En pleno uso de razón dudo que se les hubiera ocurrido á ninguno cometer semejante abuso.

CONCILIO DE WORMS, *Wormatiensc*, año de 868.

15. Si sucede «un robo en un Monasterio, y no se sabe su autor, el Abad ú otro Sacerdote celebrará Misa, en la qual comulgarán todos los hermanos para dar á conocer con esta acción, que son inocentes.»

Si se pusiera hoy en moda ese cánón y se aplicase lo mismo á sacerdotes que á seglares, podríamos hacer una gran rebaja en el presupuesto de gastos, suprimiendo, por innecesarios, jueces, polizontes y guardia civil; precisamente los que más roban son los que oyen más misas y comen más hostias. Sería una verdad⁶ ra ganga para los ladrones el que les admitieran como prueba de honradez el oír misa y comulgar. A lgo de esto ocurre hoy, mas afor-

tunadamente no se admite todavía como prueba plena.

CONCILIO DE MAGUNCIA, *Maguntinum*, año de 888.

10. «Los clérigos no tendrán absolutamente ninguna mujer alojada con ellos, ni aun á sus propias hermanas.»

A este paso, pronto vendrá la prohibición de que vivan con sus madres. La pendiente del pecado es muy resbaladiza y el que la baja suele no detenerse hasta el fondo.

CONCILIO DE METZ, *Metense*, año de 888.

5.º Los Sacerdotes «no tendrán consigo ninguna muger aunque sea madre ó hermanas.»

¿No lo dije? Ya pareció aquello. Al leer ese cánón he recordado estos versos de Bartrina:

«¡Qué escándalo ha precedido á la invención del vestido!
¡Y qué delitos tan graves á la invención de las llaves!»

Porque cuidado si se darían casos de incesto, para que un Concilio se decidiera á dictar un canon tan deshonroso. ¡Ni las hermanas antes! ¡Ni las madres ahora podían dormir tranquilas en las casas de los clérigos! Los sátiros mitológicos resultan, comparados con ellos, modelos de castidad.

CONCILIO DE TRIBUR, *Triburiense* ó *Triburinum*, año de 895.

18. «Se prohíbe celebrar los santos Misterios en Calices ó Patenas de madera, y consagrar el vino sin agua.»

Aparte la suciedad, pues nunca las maderas pueden quedar tan limpias como los metales, si que resultaría de mal efecto ver celebrar misterios tan sublimes en un trozo de chopo ó alcornoque, por bien tallado que estuviera. Lo de consagrar el vino puro, tal vez lo hicieran los clérigos para dar una lección á los taberneros de su tiempo, que serían próximamente como los de ahora, y no por el placer de beber vino moro en ayunas.

SIGLO X

CONCILIO DE ASBURGO, *Angustanum*, año de 952.

3.º Se amenaza «con deposición á los Obispos, Sacerdotes y Diáconos, que estando advertidos de que no jueguen á juegos de embite, continúen en ello.»

Horrorizado aún con la lectura del cánón anterior, casi casi parece-me el vicio del juego una muestra de perfección cristiana, bien así como el lobo resulta casi piadoso comparado con el tigre.

4.º «Se prohíbe á todos los Clé-

rigos tener en su casa mugeres subintroductas; y en caso que tengan algunas cuya opinión sea sospechosa, permite el Concilio al Obispo que las mande azotar y cortar el pelo, disponiendo, que si la potestad secular se opone á ello se valgan de la autoridad del Rey.»

Las mujeres á que se alude, creo que eran las que fueron llamadas después, y hoy todavía, amas de cura, pero no lo aseguro. Lo que sí sé, es que el adjetivo anticuado *introducido*, significa «habitado, acostumbrado.» ¿Habitadas ó acostumbradas á qué estaban las mujeres á que ese cánón se refiere? No debía ser á ejercicios muy piadosos, cuando el Concilio autorizaba á los obispos para mandarlas azotar y dejarlas pelonas, castigos que no responden por cierto á la idea esparcida con deplorable ligereza, de que el cristiano vino á reunir á la mujer.

1. Los Clérigos «no tengan mugeres ni concubinas, só pena de deposición.»

Dicen que los gorrones de las vegas se acostumbran á las voces hasta el punto de no levantar el vuelo por mas gritos que den los guardas. No creo, sin embargo, que vayan más allá en lo desaprensivos que los sacerdotes de los primeros siglos: condenados un día sí y otro no en los Concilios por lujuriosos, cada hora lo eran más.

SIGLO XI

CONCILIO DE BOURGES, *Bituricense*, año 1031.

12. «No se exigirá cosa alguna por el Bautismo, la Penitencia ni por enterrar; pero se podrá recibir lo que los fieles ofrezcan voluntariamente.»

Como el progreso influye hasta en los negocios espirituales, hoy los derechos parroquiales están sujetos á Arancel, cual los productos de fabricación ó procedencia extranjera. «Tantas pesetas el sacramento del bautismo... Cuántas la obra de misericordia que manda enterrar á los muertos...» Varía algo el precio, según la localidad ó el lujo de la ceremonia así como en las telas, según el mayor ó menor el número de hilos, ó en el bacalao, según la costa de donde procede; pero siempre dentro de lo marcado en el Arancel. Esto impide que se cometan abusos, lo mismo en el tráfico profano que en los negocios espirituales.

CONCILIO DE REIMS, año de 1049.

5.º Se «prohíbe exigir cosa alguna por dar sepultura, bautizar, ó administrar la Eucaristía.»

Se ve por este cánón que la cos-

(Continuará.)

EL DINERO DE LA IGLESIA

POR

ROBERTO ROBERT

agua, tiene cinco pies de alto y pesa treinta libras.

26. A la derecha del cordero, una estatua del Salvador, de *plata* finísima, de cinco pies de altura, y pesa ciento setenta libras.

27. A la izquierda del cordero una estatua de San Juan Bautista, de *plata*, sosteniendo una inscripción que dice: *He aquí el cordero de Dios que borra los pecados del mundo*. Esta figura tenía cinco pies de alto y pesaba cien libras.

28. Siete ciervos de *oro*, vertiendo agua, de ochenta libras de peso cada uno.

29. Un incensario de *oro* finísimo, de diez libras de peso, adornado de cuarenta y dos piedras preciosas.

Es decir, *seiscientas ochenta libras de oro y doce mil doscientas cuarenta y tres libras de plata*, lo cual por sí solo, y fuera del valor artístico, importaba unos seis millones y medio de reales.

¿Era eso dinero ó patarata?

Y sobre todo, nada de títulos, ni láminas intransferibles, ni bonos, ni invenciones de judíos: monedas sobre moneda, á toca teja, y no á puñados, sino á costales.

¡Aquello era vivir!

Ahora para ajustar un entierro de mala muerte hasta regatea el fiel...

¡Oh, no hablemos de cosas tristes!

Hablemos de la pureza, del esplendor, de la gloria, del prestigio de la Iglesia; es decir, de su dinero, que era símbolo de todo ello.

Entonces pudo reponerse la Iglesia del disgusto que en el siglo anterior le habían ocasionado los impíos Diocleciano y Maximino confiscándole los bienes, que ya eran cuantiosos.

Porque es de advertir que, así como vulgarmente se dice que á las personas que gozan de muy buena salud ese exceso mismo de salud les hace salir diviesos, así también á la Iglesia, cada vez que se ha encontrado en plenitud de oro, le ha salido, ó el bárbaro de la selva, ó el emperador alemán, ó el hereje inglés, ó el enciclopedista francés, ó el desamortizador de todas partes, con caracteres morbosos y en extremo laxantes.

¡Ah! Pero no crean ustedes que Constantino agotara su liberalidad en los dones que reza la lista de que hemos hecho mérito: nada de eso.

Como si llevase en el pecho un calorífero puesto en comunicación con los ignorados senos en que reside el órgano de las dádivas eclesiásticas, anduvo siempre regalando: era un emperador gotera.

A la basílica ya mencionada «la dotó además de bienes raíces, no sólo en Roma ó en sus cercanías, sino también en remotas provincias.»

No hay más que leer los epítetos de humano, discreto, entendido y piadoso con que le mencionan los escritores ortodoxos, para suponer desde luego que dió mucho; pero ya que hablamos de él y podemos contribuir á que se extienda la fama de sus dádivas, mencionaremos algunas de ellas.

Así tomándolo á bulto, calculan los escritores más entendidos que sus dones á la basílica producían una renta de novecientos mil reales.

A lo cual añadía el emperador todos los años, como fineza devota, un regalito de cincuenta libras de drogas aromáticas para el culto divino.

Así como otros antiguos emperadores no pensaban mas que en matar, él de cuando en cuando, pero con cierta frecuencia, sentía impulsos de hacer regalos á la Iglesia.

Otro, después de matar á su hijo, se habría enardecido en inhumana sed de sangre, y acaso habría condenado á un pueblo entero. El no: al contrario, envió ricos dones á templos que le debían la existencia ó la restauración, particularmente á la iglesia de los santos Pedro y Pablo.

Otras veces derramaba su generosidad sobre la iglesia levantada por San Silvestre, ó sobre las que había mandado edificar él mismo en Ostia, en Albano, en Cápua y en Nápoles.

Como que los ornamentos de oro y plata con que dotó á esas, se calculan en la tercera parte de lo que valían los que diera á la basílica.

Y á otras varias les dió también rentas en bienes raíces, no sólo en el territorio mismo de Italia, sino en Asia y en Africa, y hasta á orillas del Eufrates; de modo que, conocida su piedad, no me habría extrañado que, si entonces hubiesen sido conocidas la América y la Oceanía, todo el azúcar, y el cacao, y el polvo de oro de California, y el novísimo petróleo, hubieran ido á parar al seno de la mística esposa de Jesucristo.

Cuando Constantino fué más gran-

de fué cuando ya no supo qué dar á la Iglesia.

Entonces su amor al Evangelio le inspiró una idea sublime, que fué autorizar á la Iglesia para que por sí misma adquiriese bienes raíces.

La Iglesia le secundó en esto con una actividad... Figúrese el lector si lo dejaría por pereza.

Parece que ya Constantino no podía hacer más.

¡Pues hizo más!

Se dignó autorizar á sus súbditos para que dejasen en herencia sus bienes á la Iglesia.

¡Tú que tal dijiste!

Entonces fué cuando la diligencia sacerdotal llegó á su colmo.

Donde quiera que había moribundo, ó enfermo, ó viejo expuesto á no parar mucho en el mundo, allí acudía el siervo de Dios, ansioso de averiguar si la Iglesia sería la heredera.

La solicitud eclesiástica fué auxiliada por la Providencia de tal modo, que á poco tiempo familias poderosísimas llegaron á adquirir aquel grado eminente de pobreza que Dios quiere ver en todas partes menos en su casa.

Desde entonces también empezó á murmurar la impiedad contra el dinero de la Iglesia; pero el Señor ha hecho por espacio de muchos siglos que el dinero de la Iglesia fuese como el azogue: el que cree ponerle el dedo encima para sujetarle, no hace más que hacerle huir lejos de su alcance.

La malicia de los hombres ideó mil estratagemas, ya para desposeer indirectamente á la Iglesia, ya para evitar que fuese á parar á su poder toda la riqueza; pero inútilmente.

Aun antes que apareciesen compiladas nuestras leyes de Partida, ya se había querido limitar la facultad de los testadores, para que sólo pudiesen dar el quinto de sus bienes por causas piadosas.

Pero antes también Dios lo tenía dispuesto: para el pájaro, la sierpe; para el queso, el ratón; para el dinero, el sacerdocio.

Apurado conflicto sería tener que decir con exactitud: la Iglesia llegó á poseer tanto más cuanto.

El cálculo mas aproximado es que lo poseyó todo.

El diezmo por sí solo...

¡Oh, qué piadosa invención la del diezmo!

Cuando uno había contado diez cabras, diez haces, diez mulos, y

creía que eran diez, ya no eran más que nueve para el mundo.

Lo demás, para las ánimas.

..

Las buenas cosechas y los faustos acontecimientos se celebraban dando gracias á Dios y dinero á la Iglesia.

Las sequías, inundaciones y calamidades públicas, se conjuraban pidiendo perdón á Dios y dando dinero á su esposa.

El tiempo normal se aprovechaba dando dinero á la Iglesia para que nos congraciase con Dios y no volviésemos á castigarnos.

El nacimiento de un individuo, era causa de dinero; su casamiento, causa de dinero; su muerte, causa de dinero.

Cada suceso tenía por estribillo el dinero para la Iglesia.

..

A primera vista, parece que enamorarse de una monja ó mujer de convento, apasionarse de ella y echársela á cuestras llevándola á cinco pasos de distancia, no tenga nada que ver con el dinero.

Pues bien: hé ahí una apariencia engañosa; porque el que hacía lo que hemos dicho, perdía desde luego la mitad de sus bienes, que pasaban á ser propiedad del monasterio agraviado.

Y agravios semejantes se vieron algunos en otro tiempo.

Es de advertir que después, al robarlo le ahorcaban si era plebeyo, ó le degollaban si era noble.

Pero eso no lo hacía la Iglesia: lo daba á hacer.

..

La riqueza quiso ser eclesiástica: tuvo esta vocación respetable y la satisfizo.

El ruiseñor se amparaba de los bosques eclesiásticos para cantar sin recelo; el buho escogía por único refugio tranquilo las grandes ventanas de las abadías: los gatos, más finos de paladar y olfato, envejecían y se producían en las casas de oración. Gato de refectorio se distinguía á la legua de los demás individuos de su especie por su bello y orondo aspecto; y así dice como ponderación Lope de Vega hablando de Zapaquilla, que estaba sentada:

«Lamiéndose la cola y el copete,
tan fruncida y mirlada,
como si fuera gata de convento.»

..

Y si así eran los gatos, ¿cómo serían sus dueños?

Las rentas crecían, los donativos no cesaban, los privilegios se iban amontonando...

La Iglesia era para el dinero una especie de santa ratonera.

Nadie podía empeñar ni vender cosa perteneciente á la Iglesia.

Esto, ni aun en aquel tiempo en que un rey tuvo que empeñar el gabán para comer.

..

Todo... la fe, la ley, la fuerza, la necesidad, todo eran troqueles que para la Iglesia acuñaban.

La ley más larga del *Fuero Real de España*, es la que trata del modo de pagar los diezmos.

Es minuciosa, expresiva, poética: parece que es un bordado, y es un molde de hacer moneda.

..

En unas partes los súbditos de la Iglesia estaban libres de pagar al rey pechos, pedidos y servicios.

En otras, el prior ó el obispo eran señores de toda jurisdicción, con piadosa horca, con maternal picota, con redentor cuchillo, con evangélica cárcel, con místico cepo y demás insignias de señorío.

El ganado de aldea no podía entrar en la dehesa de Salamanca: pero el que pertenecía á la Iglesia, «*caballos é mulos é asnos é asnas é cuatro bacas de leche é los bueyes de las iglesias de las obros onden hu quies en por toda la defesa*» (1).

¡Hasta los cerdos de San Antón, por ser como gentes de Iglesia, tuvieron en Madrid privilegios corporativos!

..

A veces vendía el rey en junto una ciudad ó villa, pero siempre con excepción para lo que pertenecía á la Iglesia.

En la venta de Fregeneda, por ejemplo, el obispo obtuvo el derecho de percibir 7.700 maravedís de fuero y renta anual perpetua, y se exceptuaron de la venta los diezmos eclesiásticos y los 6.210 maravedís de censos perpetuos que el dicho humilde pastor cobrada, y las 118 «anegas» de tierra de sembradura, que eran del mencionado obispo, y los eriales y las salinas, que al mismo obispo pertenecían, y la dehesa cerrada de labor, que propia del obispo era, y el canal de pesca de la dehesa, porque esta, casualmente, al obispo por dueño tenía.

Así, viendo que hombres y ciudades cambiaban de dueño y el dinero eclesiástico no, decía con razón el sacerdocio: en medio de las tempestades del mundo, la Iglesia permanece inmutable.

..

Se castigaba á quién se atreviese á levantar fortaleza ó muro en sus

(1) Véase el *Fuero de Salamanca*, por D. J. Sánchez Román.

heredades; pero la Iglesia, como tenía que guardar tanto dinero, que era de Dios, podía levantarlos sin incurrir en pena alguna.

Al contrario, aun se le agradecía.

..

A veces no era dinero, ni privilegios particulares, sino cosa mayor lo que la Iglesia recibía,

En 1167 el rey don Fernando II, por remedio de su alma y del alma de su esposa doña Urraca, concedía y confirmaba «para siempre jamás», á la catedral de Salamanca y á su obispo el privilegio que por su abuelo le había sido otorgado.

Consistía éste en «la tercera parte de los tributos de la ciudad de Salamanca...; la décima de todas las peticiones, con todos los diezmos de su propio trabajo...; la tercera parte de la moneda perteneciente al fisco y la media parte de las haciendas y sernas con la almunia; con toda aquella parte que había sido del rey, de aquellas haciendas y baños, y sus aldeas de Tejares y de Campo Piedras, de Topas, San Cristóbal y San Pelayo, con el castillo de Almenara, con todos los pastos, sernas, términos y derechos, «y si algun homicida ú otro cualquiera delinquiese en esos campos que os doy, permanezca seguros de todos sus enemigos; y las dichas villas queden libres por nuestra parte siempre de fornada, de toda oferción ó petición y á ninguno sirvan, sino al obispo de dicha santa iglesia de Santa María.

«Concedemos también (sigue diciendo el privilegio) que todos los clérigos del obispado de Salamanca estén libres de toda pena, de forca, de oferción, de todo pecho, de toda facendera y de todo servicio.»

Y aun más. Por el mismo documento concede el rey á dicha iglesia «en la villa de Alba la décima de todos los rendimientos de penas, portazgos, baños y haciendas, de sextas, peticiones y quintos.»

Y así, como se ve, la Iglesia no sólo salvaba las almas, sino también los cuerpos; pues con el derecho de asilo y la inmunidad concedida á los asesinos y demás delincuentes que se amparasen de tierras de ciertas iglesias, estaban estos libres de las justicias de los reyes.

Pero, eso sí: los asesinos eran entonces piadosos y agradecidos, y confesaban y comulgaban devotamente, y llevaban su escapulario con la imagen del santo ó santa más en boga en su comarca.

..

No los privilegios, no los donativos, sino la piedad religiosa de aque-

(Continúa)

IMPRESA ARTISTICA DE SAEZ, HERMANOS, MONSERRAT, 7.—MADRID.